EL TÚNEL DEL HAMBRE

BETH PÉREZ

El túnel del hambre
Beth Pérez

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-17049-95-9

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2017 Beth Pérez
© 2017 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

"No os amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonaos más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón".

(Mt 6, 19-21)

I. EL PRIMER PASO HACIA LA OSCURIDAD: UN CÚMULO DE CIRCUNSTANCIAS

Esta noche voy a recordar cómo empezó todo. Supongo que no será fácil enfrentarme con algunos recuerdos desagradables del pasado, pesadillas que han marcado mi existencia; pero creo que debo plasmar mis vivencias para advertir a otras personas de que el infierno está cerca, y es fácil cruzar la línea y quedarse al otro lado de ella.

Desde luego que no soy la persona más indicada para dar consejos, puesto que, a veces, ni yo misma sé cómo manejar ciertos impulsos; sin embargo, sí conozco mejor que hace unos años esos vericuetos por los que caminé tan alegremente. Ahora puedo afirmar que me veo capaz de controlar la ingesta de alimentos, de distribuir las sesiones de ejercicio físico de manera que sean beneficiosas para mi salud, de olvidar ciertos pensamientos perturbadores que me manipulaban y, por último, de escuchar la voz de mi cuerpo, que me indica cuándo está cansado, cuándo tiene hambre o cuándo necesita divertirse. Antes pensaba que podía hacer y deshacer a mi antojo, como si yo fuera un pequeño dios que dictaba las normas que había que seguir irrevocablemente: si estaba cansada, seguía estudiando; si tenía hambre, dejaba de comer. Y así salió todo, rematadamente mal. Pero ahora ya no sirve de nada lamentarse, sino intentar que otras personas reaccionen antes de lo que yo lo hice.

Aquel curso fue horrible. Estudié muchísimo. Quería saber hasta el más nimio detalle de cada asignatura, y me pasaba horas escudriñando los apuntes y los libros de texto, subrayando, memorizando, repitiendo una y otra vez la teoría hasta aprendérmela al dedillo. Por eso, empecé a meterme en mi mundo. El de los mayores me daba miedo —y todavía me lo sigue dando, pero ahora un poco menos—; era feo y malo; había violencia, muertes, corrupción, mentiras. Por el contrario, mi universo era rosa, suave, blando como algodones, y yo vivía allí tranquila, ajena a todo aquello...

—Es que no puedo comer con el telediario. Me dan ganas de vomitar. Están todo el santo día con las muertes y las bombas. No entiendo cómo podéis comer viendo esto. No sé, es que no lo comprendo. ¿O es que ya os habéis acostumbrado a ver desgracias?

—No, pero hay que estar informado de lo que pasa en el mundo; si no, no nos enteramos de nada y, luego, no puedes hablar con la gente ni opinar. —Esos eran los argumentos de mi madre.

—¡Y a mí qué más me da! ¡Yo paso de lo que diga la gente, a mí qué me importa lo que opinen los demás, ni que tuviera yo que saber de todo…! ¡Faltaría más! ¡Uf!

—Bueno, pues si te molesta tanto y no puedes comer, apagamos la tele a la hora de la comida; que la vea papá después, cuando tú no estés comiendo.

—Pues sí, porque estoy hasta las narices de ver la tele.

Las clases de Educación Física eran infernales. Mi amiga Lali y yo lo pasábamos muy mal. Cuando era pequeña, mi madre me decía que no hacía falta que aprendiera las volteretas o el pino, porque eso no era necesario para el día a día y, a lo mejor, me hacía daño en el cuello. También es cierto que yo era un poco torpe para esas destrezas. Así que cuando llegué al instituto, no era capaz de realizar ninguna de las habilidades que me mandaba mi profesora de Gimnasia. Recuerdo que el primer día de clase nos hizo dar dos vueltas a la manzana corriendo. Otra chica y yo llegamos las últimas.

—¿Qué, os habéis parado, verdad? Habéis ido andando —nos recriminó la profesora.

—No, yo no me he parado —dije tímidamente.

—Pues ahora, vais a dar otra vuelta corriendo. —¡Increíble! No me había detenido y no me creía. ¡A veces, qué injustos somos!

Todas las tardes eran monótonas. Por la mañana, al menos, veía a mis amigas. Bueno, en realidad, solo tenía dos, y Lali era y sigue siendo mi mejor amiga. En el recreo me quedaba en clase haciendo los deberes, así por la tarde tenía más tiempo para estudiar. Luego, me dijeron que debería salir durante el recreo a que me diera un poco el aire, a despejarme, que iba a acabar loca. A partir de entonces, salí con Lali. Íbamos juntas hasta una tienda donde ella se compraba un bocadillo. Mientras tanto, yo iba dándole mordiscos a mi manzana, una manzana roja como la de Blancanieves. Quizás la mía también estaba envenenada…

—¿Te pasa algo?; parece que no estás bien —inquirió Lali con una voz suave y cercana.

—No, estoy bien. Bueno, no sé... Estoy un poco nerviosa. Con los exámenes...

—Te lo preguntaba por si necesitabas que te ayudara en algo. Me parecía como si no te encontraras bien.

—No, sí que estoy bien; lo único, un poco nerviosa. Hay que hacer tantos trabajos para estas Navidades...: uno de *El Quijote* para Joaquín, el comentario de Francés, las láminas de Dibujo. ¡Puf! Digo yo que me dará tiempo.

—No te preocupes, que sí que nos da tiempo. Y, si no, hacemos lo que podamos. —Lali me tranquilizó un poco.

—Sí, supongo que todavía nos quedan unos cuantos días.

—Sí.

—Lo de la Gimnasia es horrible; bueno, Educación Física, como dice la Hermi. No me sale nada. Estoy en mi casa con la colchoneta en el salón y mi madre intentando que dé la voltereta para atrás. Es desesperante. ¿Hasta cuándo vamos a tener que hacer esto? ¡Ni que fuéramos para el circo! Y, luego, ella no hace nada. ¡Vaya jeta! —me quejé.

—¡A ver, qué va a hacer esa vaga, no te digo, si no puede ni mover el culo! Es una sinvergüenza. Mira, el otro día, le llevo el justificante de que tengo un esguince y quiere obligarme a hacer gimnasia. ¡Va ella lista! No se lo cree ni ella que me voy a poner yo a hacer gimnasia con un esguince.

—Ya casi son las once y media. Vamos a tener que ir yendo para allá —De pronto, miré el reloj preocupada—. Y ahora tenemos clase de Lengua con Cristina.

—Eso sí que es un martirio. ¡Abrid las ventanas, que huele a humanidad! Y entra paseándose con sus modelitos. ¡No la aguanto! —se quejó Lali.

—Sí, es verdad que como persona deja mucho que desear, pero, al menos, se aprende con ella.

Los alumnos empezaban a agolparse a la puerta, como un rebaño que acude al redil tras la llamada del pastor. El timbre continuaba martilleando en mi cabeza y el corazón cada vez me latía con más fuerza. Notaba la tensión de los músculos, estaba sentada en el pupitre y la profesora me miraba fijamente.

De vuelta a casa, me quedé hablando un rato con mi amiga. La verdad es que el mundo y la vida eran bastante injustos y había tantos asuntos que solucionar que la conversación se nos iba a quedar corta. Cuando llegué a casa, balbuceé un "¡hola!", bajito, mientras entreabría la puerta de la cocina. Apreté el paso, sin esperar la mirada crítica de mis padres, y me encerré en mi habitación, en mi mundo. Tiré en la cama la ropa, me quité los zapatos, bonitos como los de una bailarina, y fui haciendo un ovillo con las

medias azules. "¡Eres una desordenada! Cuelga todo eso en el armario en cuanto llegues del instituto". La monserga de siempre. No tengo hambre; la comida es asquerosa; todo está malísimo. Sí, tengo que repetirme eso hasta que me lo crea de verdad. Me sobran unos kilos; estoy gordísima. Fui a mirarme al espejo. Sí, definitivamente tenía que adelgazar. De la cintura hasta las rodillas se me veía bastante redonda, con mucha grasa; estaba desproporcionada. Fui al salón a buscar la tabla de las calorías. Era un folleto que incluían en uno de los volúmenes sobre nutrición que había comprado mi madre hace tiempo. Era bastante interesante: manzana, 53 calorías; naranja, 38; plátano, 108. No, el plátano no lo puedo comer; ¡imposible! Si ya me lo dijo el médico de pequeña, cuando estuve a dieta. Sí, lo mejor era comer manzanas; además, han dicho que son saciantes y así me lleno y no necesito comer más; y limpian los dientes, ¿qué más se puede pedir?

—¡Beeeth, Beeeth! ¿Me has oído? —gritaba mi madre como una descosida.

—¡Que ya voy, pesada!

La mesa era rectangular. Estaba llena de comida y olía mal, a alimentos. Me senté justo enfrente de la silla de mi madre. Mi padre tenía mala cara; parecía que estaba enfadado; quizá era conmigo. Se me estaba haciendo un nudo en el estómago y todavía no había probado bocado. Mi hermano sonreía, como era habitual en él.

—¡Hala! ¡Que me has echado un montón! ¿Adónde vas? Quítame unas cucharadas.

—No, te quito una cucharada y ya está. No te puedo quitar más. Vienes del instituto, has trabajado allí mucho y ahora necesitas comer.

—¡Quítame tres cucharadas más o no como! Te digo que no tengo tanta hambre.

No comas o te pondrás como una foca. Tampoco has trabajado tanto; te has pasado toda la mañana sentada. Eché poca comida en cada cucharada; así me llenaría más y tampoco se notaría demasiado lo poco que había comido. De segundo había filete; ¡con lo que odiaba la carne…! Empecé a desmenuzarlo en trocitos pequeños y a quitarle la grasa y los nervios. Había que hacerlo con bastante precisión, como si estuviese diseccionando una rana.

—No, no me eches nada de salsa. Este filete tiene mucha grasa. ¿Cómo lo has frito? —increpé a mi madre.

—Pues como siempre, hija, con aceite de girasol. Además, está casi como hecho a la plancha.

—Yo creo que no, ¿eh? Esto tiene muchísima aceite. Para otro día no me lo hagas así. —Se hizo un silencio incómodo, que se podía palpar en el aire.

—Come pan, hija, que se necesitan hidratos de carbono y, así, te sienta mejor el filete.

—No, pan no quiero, porque ya estoy llena y, como coma pan, entonces sí que no me entra nada más. Luego ya meriendo.

Mi padre no decía nada. En cuanto acabé de comer, me fui a mi habitación, cogí la cartera, y saqué los libros y los archivadores. A continuación, me lavé los dientes para quitarme cualquier resto de comida, por minúsculo que fuera. Me los cepillé una y otra vez, hasta que quedaron resbaladizos y relucientes. Por último, cogí los libros y los apuntes, y me encerré en el salón. Desplegué todo por el sofá, me senté en el medio y puse los pies encima de la mesa. La tarde iba a ser muy dura, pero había que empezar lo antes posible. Había un montón de deberes y no quedaba tanto tiempo. El día se pasaba rápidamente. Un poco de voluntad. Quien algo quiere, algo le cuesta. Por otra parte, me encantaba adquirir nuevos conocimientos. Comenzaría por los deberes de Mate. ¿Qué había que hacer hoy? ¡Ah, sí!, los intervalos, las inecuaciones. Bueno, era entretenido. A ver si me aclaraba de

eso que había dicho el profesor de que en un caso cambiaba el sentido de la desigualdad.

Por aquella época, los pensamientos todavía no se habían automatizado; los llamaba yo e intentaba convencerme de que no tenía hambre, de que la comida era un asco o de que olía mal. Después, ya no era yo quien los invocaba, sino que ellos me asaltaban constantemente, sin que tuviera ningún control sobre esos pensamientos. Se apoderaron de mí, me sometieron y, finalmente, me hicieron su esclava. Me convertí en una mala versión de mí misma: una persona sumisa, cobarde, débil y estúpida. ¿Quién tuvo la culpa?

Es Navidad. Por fin sé cómo acallar esa voz que emerge de los infiernos, del más profundo y mortal Hades. Hoy estaba un poco desanimada, pero no tanto como para no comer. Ahora sí sé cómo controlar los pensamientos; escucho mi voz y por eso me he puesto a escribir. Hace tiempo que ya no me subo a la báscula; ¡para qué! Tengo muy claro que lo prioritario es mi salud. Cuando como menos, pienso peor, me encuentro más débil y comienza de nuevo a dolerme la cabeza como años atrás. No nací para ser mártir.

Ayer escribí unos cuantos mensajes felicitando las Navidades. También hubo quien se me adelantó y recibí primero el suyo. No me puedo creer que tenga tantas amigas. Este año he conocido a personas muy agradables y cariñosas. Espero que esta vez no pase lo mismo que en la última ocasión; ¡digo yo que tendré más suerte! Reconozco que no hay que ser tan confiada. Crees que todo el mundo es como tú y, luego ¡zas!, te la meten doblada. Asun es fantástica. La conocí en un viaje a Madrid. Ella iba con una amiga. Yo, en cambio, estaba sola. Hacía unos meses que lo acababa de dejar con Manu y estaba hecha polvo. Todavía me acuerdo de que me levantaba por las mañanas y me ponía a llorar sobre el bol de leche con cereales. Estaba destrozada, perdida, desorientada. Había tirado por la borda los planes y yo estaba allí, en un mundo en el que mi camino me había abandonado; ahora no sabía cuál seguir. Subimos en el autocar a las seis y media de la mañana. Hacía tiempo que no viajaba sola y la idea de hacerlo no me resultaba nada halagüeña, pero sabía que no debía quedarme en casa. Necesitaba salir, viajar.

—¿Qué asiento tienes?

—El veintitrés.

Me tocó sentarme al lado de una señora de aproximadamente la edad de mi madre. Tenía la cara arrugada, el pelo teñido de un color pajizo y unos labios finos que esbozaban una sonrisa. Yo no tenía ganas de hablar, mientras que ella parecía ávida de entablar una conversación.

—¡Hola!

—¡Buenos días! ¡Qué frío hace!

—Sí. Sí que hace frío. Pero, bueno, lo importante es que no llueva. —Odiaba las excursiones con lluvia.

—Pues sí, tienes razón.

Intenté ponerme cómoda, miré por los cristales y me encerré en mi caparazón. El autocar empezaba a moverse y yo prefería escuchar mi silencio. La mujer volvió a insistir al cabo de un rato. Me hablaba del verano, de las vacaciones, de los viajes. Siguió contándome que le gustaba París, como a mí, y así fue como se las arregló para incluirme en su conversación.

—Sí, a mí también me encanta París. La última vez que estuve allí..., bueno, en realidad fui con mi novio...; era un viaje organizado de tres días. Nosotros visitamos París por nuestra cuenta.

—¿Dónde os alojasteis?

—Cerca de la Porte de Bagnolet*, al este de París. Había mucha tensión entre los dos por aquella época. Por eso, como le costaba acompañarme y siempre tenía que acomodarme yo a sus planes, por la mañana cada uno de nosotros iba por un lado. Un día fui a la* Place des Vosges *y estuve visitando la casa donde había vivido Víctor Hugo. Me hizo muchísima ilusión —Por un momento me olvidé de todos mis problemas y me trasladé a aquel instante. Sentía el sol y el olor a viejo en el museo de Víctor Hugo—. ¿Tú también sueles viajar sola?*

—A mi marido no le gusta viajar, así que por eso he venido yo sola. No entiendo a las mujeres que se creen que nosotras no podemos ser autosuficientes; realmente no necesitamos a un hombre que nos lleve de un lado para otro. Eso es una tontería.

—Pues sí, es verdad. Pero es que a mí no me gusta estar sola —me quejé.

—Si no estás sola... Tienes a tu familia, tus amigas y seguro que a mucha gente que te quiere.

—Ya, pero lo que quiero decir es que me gusta tener una pareja. No me encuentro bien así. No es eso lo que yo esperaba. No creía que mi vida sería de esta forma. Si me hubieran preguntado cuando tenía quince años cómo pensaba que iba a ser mi futuro, nunca habría contestado que sin novio. Yo soy así. A lo mejor hay gente que está estupendamente sola, pero ese no es mi caso. —Tragué rápidamente saliva, porque notaba cierta humedad en los ojos.

—Si he aprendido algo a lo largo de la vida, es que en cada época existen unas carencias y hay que aprender a sobrellevarlas. Nunca se puede tener todo lo que deseamos a la vez; unas veces se tienen unas cosas y otras veces, otras. Por ejemplo, yo ahora tengo problemas con la vista; pero siempre encuentro ocupaciones interesantes con las que entretenerme. No hay que perder nunca el interés por las cosas, porque en el momento en el que te falta eso, empiezas a hundirte.

—Ya.

—¡Dirás que vaya rollo que te está soltando esta vieja!

—No, no, al contrario; me interesa que la gente que sabe más que yo me dé consejos sobre la vida. Y más ahora.

Nos dimos cuenta de que habíamos llegado, pues el autocar empezó a aminorar la velocidad. Nos bajamos y nos dieron un tiempo para tomar algo. Bajé a los servicios del bar y, cuando me acerqué a la barra para pedir un café solo, la mujer a la que acababa de conocer en el autocar estaba hablando con dos chicas. Una era bajita, con el pelo rapado como un chico y con unos ojos pequeños llenos de cariño. La otra era más alta y se expresaba con más indecisión, arrastrando las palabras.

—Me estaban comentando que creían que yo era tu madre.

—¡Ah, no! Nos acabamos de conocer en el autobús. —Intenté mostrarme amable y natural.

—Bueno, yo me llamo Asun —señaló la chica más bajita— y ella, Rocío.

—Yo soy Beth.

Podría haberme unido a su grupo, pero entonces necesitaba estar sola. Era un reto para mí, tenía que demostrar que podía seguir mi camino sin un novio a mi lado. Y así lo hice. Paseé "conmigo" por las salas del Museo Reina Sofía, me olvidé de mis problemas y me sumergí en el pensamiento de aquellos pintores. ¿Qué habrían querido transmitir con sus pinturas? Había cuadros de protesta contra la guerra. El Guernica *me impresionó especialmente; no sabía que fuera un cuadro tan grande y que pudiera comunicar ese sentimiento de desolación desgarradora. Salvador Dalí: pinturas surrealistas en un mundo*

onírico, perturbador, provocador. Joan Miró: colores, esbozos de ideas. Sobre todo, me llamó la atención un cuadro que representaba un minimundo, con unas casas, una escalera de caracol y unas personas como personajes de Tim Burton; me imaginaba subiendo por aquellos peldaños, dándome vueltas ligeramente la cabeza, en busca de un mundo nuevo.

Tras unas horas de exploración del genio creativo, decidí bajar al patio del Reina Sofía. Una estatua de Joan Miró al lado de la cual la gente se hacía fotos; parecía un toro o una vaca. En la mitad del patio, otro adorno de colores. Y junto a este, Asun y Rocío. En cuanto me vieron, me saludaron con una sonrisa.

—¿Qué tal? ¿Y Carmen?

—¡Ah, no! Yo estaba sola. Carmen se fue con otras señoras que iban a dar un paseo por El Retiro.

—¡Anda!, pues si lo llegamos a saber, podías haber venido con nosotras. Hemos estado visitando el Museo del Prado.

—No os preocupéis. He estado bien. —Y era cierto que por primera vez había paladeado el placer de la soledad.

El viaje de regreso a mi ciudad transcurrió apaciblemente. Carmen, la mujer que había conocido en el autocar, siguió contándome detalles de su vida: que su marido era profesor; ella, enfermera; que tenía dos hijos; que le gustaba leer el periódico, ir a exposiciones... Rocío y Asun estaban sentadas detrás de nosotras. Hablaban de chicos, de exnovios, los temas que siempre han ocupado las mentes de la humanidad. Cuando nos bajamos del autobús, me despedí de Carmen, de Asun y de Rocío. Fue entonces cuando nos intercambiamos nuestros números de teléfono.

La verdad es que este viaje, que "a priori" se preveía tan triste, había resultado fructífero. Definitivamente, había descubierto que me encantaba viajar sola. Ya no tenía que aguantar las manipulaciones de mi novio queriendo hacer siempre su santísima voluntad. Ahora, por fin, era yo misma y tenía voz y voto. Además, había conocido a dos chicas que parecían estupendas: sencillas y sin doblez, lo que más valoraba. Creo que tenía dos nuevas amigas. Sentía un cosquilleo como al comienzo de un catarro. Pensé que se podía llamar "el cosquilleo de la amistad".

Todo empezó un verano, porque decidí que me sobraban unos kilos —aproximadamente tres—. En cuanto los perdí, pensé que estaría mejor con otros tres menos y, así, hasta que llegué a pesar cincuenta kilos. Había sido un curso horrible. Había estudiado mucho y estaba sometida a una gran presión debido a la asignatura de Educación Física, principalmente, por la parte correspondiente a habilidades —las volteretas, el pino...—, que yo no sabía hacer. La profesora nos insultaba todos los días. Ahí empezó el infierno de la Gimnasia y luego, el otro. Además, me fijaba mucho en las modelos de la tele y quería parecerme a ellas. Creía que así me sentiría mejor y conseguiría más fácilmente lo que anhelaba. Entonces tenía quince años.

Hacía algún tiempo que mi madre y mi tía me decían que me sobraba algún kilo, que estaría mejor si adelgazaba un poco. El caso es que me acabé creyendo que me sobraban unos cuantos kilos que, más tarde, se convirtieron en "demasiados". Me obsesioné hasta tal punto con el peso que diariamente me subía a la báscula y me miraba en el espejo, haciendo hincapié en las "partes deformadas". Todos los días calculaba meticulosamente las calorías de cada comida. Mi madre, que estaba harta, terminó escondiéndome aquella tabla milagrosa que computaba la energía que ingería. Aquella medida llegaba un poco tarde; yo ya había memorizado las calorías de los alimentos principales y, si de alguno no